

8 MAR 2005

# EL TEATRO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION  
57 SANTA ENGRACIA, 57



BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN  
CARRASQUIN  
CALLE DE SAN JUAN  
1905

NIEVES SUÁREZ, EN «LA NEÑA»

(Fot. Kaulak)







# EL TEATRO



Núm. 52

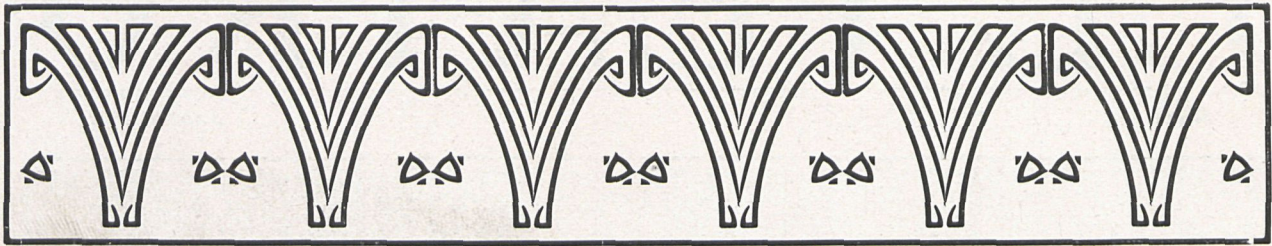
Enero 1905



MARIA BARRIENTOS  
EMINENTE TIPLER LIGERA DEL TEATRO REAL

Fot. Guigoni Bossi





## CRÓNICA GENERAL

No es maravilla que al público de la Princesa no le gustase Mounet Sully. La edad de sesenta y tres años exige á los artistas la jubilación. Ni Melpómene ni Talía, conceden sus favores á los viejos. Por otra parte, las clases aristocráticas, que son las que en España se despepitan por el arte extranjero, carecen, en general, de la cultura que es menester para trasladarse mentalmente á los tiempos de la civilización Helénica y gustar de las tragedias de Sófoeles, ó



FEDERICO CARBONETTI  
NOTABLE CARICATO DEL TEATRO REAL, QUE TANTO SE DISTINGUE  
EN ESTA TEMPORADA

para saborear la honda filosofía de *Hamlet*... Por estas razones y por otras que no son del caso, repito que no es de extrañar la indiferencia rayana con el aburrimiento con que lo más escogido de la sociedad madrileña oyó los apóstrofes desesperados de Edipo ó las dudas y vacilaciones del Príncipe de Dinamarca.

En cambio, ¡con qué deleite saboreó las *chansonnets* de Paulina Dorgy y los recitados de Polin! Era, por cierto, de admirar la atención casi religiosa con que aquellas señoras, aristocráticamente descotadas (sabido es que la grandeza se manifiesta hasta en los descotes) y aquellos caballeros de irreprochable *tenue*, escuchaban las enormidades que Polin dejaba caer de sus labios canallescos, mientras manejaba su pañuelo de yerbas, ó las simplezas pretenciosas que lanzaba, entre gorgoritos gatunos, la respetable Mlle. Dargy.

Ciertamente, aquello, en un salón como el *Japón* ó *Actualidades*, hubiera parecido tolerable; en uno de nuestros primeros teatros y ante un público, en apariencia selecto, se prestaba á muy tristes consideraciones.

En fin, los que con tales cosas se divierten, con su pan se lo coman. ¿Les gustan los tangos como el de la *Guayaba* y *couplets* como los de Polin, y encima los pagan con largueza? Pues duro con ellos



Con mucho más amor al arte que los explotadores de estos extragados gustos, la empresa del Español ha presentado al público madrileño, con todo el decoro que su egregio autor merece, el drama inmortal de D. Angel Saavedra, duque de Rivas, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. No se escribió obra teatral en el siglo XIX, ni de tan altos vuelos filosóficos y poéticos, ni tan íntimamente enlazada con nuestra tradición escénica como el *D. Alvaro*. Para encontrarle su filiación legítima, hay que ir á buscarla en *La devoción de la Cruz*, de Calderón, ó en *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina.

La energía de la raza, sus ideas sobre el honor, su creencia moruna en la fatalidad (está de Dios), su culto apasionado al valor, su exaltación religiosa, su afición á los arranques líricos y aún declamatorios, las galas de su lenguaje y la exaltación de su fantasía, todo está como en hermosa cifra en el drama del duque de Rivas. En lo que no se extingan las cualidades esenciales de nuestro pueblo, las mujeres españolas se conmovieron al oír los poéticos requiebros de D. Alvaro á D.<sup>a</sup> Leonor de Vargas, y los hombres sentirán latir su corazón escuchando las arrogancias varoniles del indiano, y



el plebeyo se reirá con los donaires del hermano Melitón, y el aristócrata verdadero se conmovirá ante las leyes del honor que guía á los principales personajes de la obra, y todos, sin distinción de clases ni educación, ni cultura, ante las fatales leyes del destino que arrastra hasta á la condenación eterna, al héroe infortunado del grandioso poema.

Mucho conviene que joyas como esta no se olviden, y aplauso sincero merecen los artistas que las presentan ante el público con el realce con que se nos ha ofrecido recientemente el *D. Alvaro* en el teatro Español.



Si el carácter del indiano D. Alvaro, sus desventuras y muerte nos hacen sentir la emoción trágica, el calvario de *El místico* remueve hasta las más hondas raíces de nuestra sensibilidad estética. El Padre Ramón, creado por Rusiñol, según se asegura, á imagen y semejanza de Mosen Jacinto Verdagner, es un imitador de Cristo, un alma empapada en amor divino que con los ojos en el cielo recorre la senda de abrojos de la vida. Aunque en el seno de una sociedad que se llama cristiana, la evangélica conducta del varón santo, no solo no es comprendida, sino que da pasto á la maledicencia y origen á la calumnia.

«Si Cristo volviera á la tierra—dice el P. Ramón—volverían á crucificarle los fariseos.» Ciertamente; al místico, si no le crucifican realmente, crucifican su alma y le hacen beber hasta las heces el cáliz de la amargura. Pero su corazón inflamado en llamas de amor vivo no desfallece, y cuando por todos abandonado y encarnecido, está á punto de sucumbir bajo el peso de las tristezas humanas, cobra nuevas fuerzas espirituales al fijar sus ojos en la imagen del crucificado, cuyos brazos están siempre abiertos para los que sufren y le imploran.

Dar vida escénica á esta hermosa creación solo es empresa para un grande artista y esta empresa la lleva á término de una manera magistral Enrique Borrás. El gran actor ha hecho un detenido estudio del personaje y ha logrado expresar todas las delicadezas de observación, todos los sentimientos, toda la riqueza psicológica que Rusiñol ha sabido encerrar en el protagonista de su drama. El público, arrebatado por el talento é inspiración del actor catalán, le manifestó con aclamaciones y aplausos su admiración y su entusiasmo.



Dicenta, que con modestia que le honra ha puesto en castellano *El Místico*, no se ha desdeñado tampoco de hacer género chico y género zarzuelero.

*Pa mí que nieva* es un sainete, modismo lo llama su autor, en que se presenta con exceso de naturalismo una aventura, de algún modo ha de llamarse, de una golfa y de un golfo, durante una noche de nieve, aventura que tiene su *reprise*, veinte años más tarde cuando los dos amantes del arroyo mejoran de fortuna.

Este sainete ó modismo ó lo que sea, no aumentará la justa fama de que goza el autor de *Juan José*.

Tampoco crecerá esta con la zarzuela grande *Juan Francisco*, á la cual ha puesto música el maestro Chapí. Es condición de lo que pudiéramos llamar profesionalismo artístico la necesidad en que se ve el autor de escribir con inspiración y sin ella. El abad—dice un refrán antiguo—de lo que canta yanta, y éste ó no en voz, tiene que cantar. Nace de

aquí que, de Lope de Vega acá, los autores profesionales, al lado de obras maestras nacidas al calor de la inspiración, nos ofrecen obras de carácter puramente industrial, obras hechas con la respetable, pero no artística intención, que el lenguaje popular atribuye á los cantos del abad.

A esta especie de producciones pertenece *Juan Francisco*. En ella sigue Dicenta los procedimientos de la antigua zarzuela, pero sin conseguir dar á la suya el interés melodramático, que es una de las condiciones esenciales del género zarzuelero ya, á decir verdad, harto pasado de moda.

Chapí, por su parte, tampoco ha estado esta vez á la altura de su fama. A excepción de dos números cómicos ambos, uno un dúo y otro un coro, los dos muy originales y agradables, lo demás es de pacotilla y como para salir del paso.



Con las obras enumeradas y las de Pascua *La doncella de mi mujer*, en la Princesa, y *El Gobernador de Urbequeta*, en la Comedia, y con *Las Estrellas*, gracioso sainete de Arniches y Valverde, en el Moderno, se ha despedido el año teatral, al cual debemos comedias tan dignas de alta estimación como *El abuelo*, *el Místico* y *El amor que pasa*.

ZEDA



JOAQUÍN DICENTA

AUTOR DE LA TRADUCCIÓN DE «EL MÍSTICO» Y DEL CUENTO EN ACCIÓN «PA MI QUE NIEVA!»





SANTIAGO RUSIÑOL, autor de «El Místico»

(Fot. Kaulak)

## EL MÍSTICO

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN PROSA, ORIGINAL DE SANTIAGO RUSIÑOL, TRADUCIDO DEL CATALÁN POR JOAQUÍN DICENTA, ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

Con los pinceles y con la pluma, que maneja con igual maestría, Santiago Rusiñol es el artista de la tristeza melancólica. Más que el exterior de las cosas busca en el alma de ellas la inspiración para sus cuadros y sus comedias y

puede asegurarse que con su exquisita sensibilidad acierta á encontrar vida y á prestarle caracteres de sentimiento, no solo á los seres, sino á las cosas inanimadas.

En sus paisajes solitarios y tristes la luz habla, la









EL OBISPO, Juan Balaguer  
«EL MÍSTICO»

(Fot. Kaulak)



JORGE  
Sr. SalaD. ANDRÉS  
Sr. GonzálezRAMÓN  
Sr. BorrásEL SECRETARIO  
Sr. GonzálezSRA. FRANCISCA  
Sra. CaroEL OBISPO  
Sr. Balaguer

(Fot. Alfonso)

## «EL MÍSTICO». — ACTO PRIMERO

tierra y los árboles hacen sentir, parece que tienen expresión, que los anima un soplo de vida. En sus comedias conmueven tanto los personajes como el escenario sin vida en que los coloca, y como los mismos objetos con que los rodea. Aun cuando Rusiñol no fuese un gran dramaturgo, bastaría con ser un gran poeta para conmover al auditorio.

*El patio azul*, *La alegría que pasa*, impresionan más hondamente que por la lucha de pasiones humanas que en ellas se libra, por el ambiente melancólico de que están impregnadas y que hacen respirar la psicología de las figuras y los mismos accesorios que sirven de ornamento al cuadro en que se mueven.

Con *El Místico* pasa igual; *El Místico* es el drama de un alma que en lucha con las impurezas sucumbe y el ambiente en que ese alma se agita contribuye tanto á la emoción estética, como el propio sentimiento que mueve al personaje que la encierra.

La humilde rectoría de un pueblecillo de la montaña, es el escenario en que el drama comienza á desenvolverse.

Con el pacífico y virtuoso rector, encanecido en la cura de almas y con la hermana de éste, que toca también en los linderos de la ancianidad, viven dos jóvenes: Ramón y Marta, sobrinos ambos del sacerdote.

Ramón es hijo de la hermana del rector y Marta es huérfana.

Unidos desde la niñez, Marta y Ramón se profe-

san cariño de hermanos que en la adolescencia se convierte en amor. Pero víctimas de distintos temperamentos que determinan opuestas aspiraciones; en tanto que Marta sueña con los goces terrenos que se cifran en el hombre elegido de su corazón, como suprema felicidad de la vida, el joven experimenta una vocación irresistible que le llama á consagrar su existencia á la religión, haciéndole ver en el amor divino la suma ventura.

La visita del obispo de la diócesis á la humilde rectoría acrecienta los místicos afanes del muchacho y las palabras del Evangelio en boca del ministro de Dios convierten sus anhelos en fervores incontrastables, de los que no llega á hacerle desistir el puro amor que profesa á Marta, puesto que limpio de impurezas terrenales no ha de ser un obstáculo para la realización de sus sueños.

Para la joven, que no participa de estas exquisiteces del sentimiento místico y que en el amor sólo ve la unión dichosa de dos seres en cuerpo y alma, en carne y en espíritu, que no acierta á establecer la separación, ni puede alcanzar á sentir el amor en otra forma que en la que la humanidad la ha dado, la decisión del joven constituye el derrumbamiento de la felicidad soñada, que trae como consecuencia precisa la desventura irreparable.

Cediendo á los impulsos de su temperamento, Marta, al renunciar al amor que cifraba en el joven, sueña con otro amor como su espíritu lo desea, como su mente lo forja y lo concibe, y su corazón lo ne-